



APERTURA SOLEMNE DEL CURSO ACADÉMICO 2008-2009

Universidad de Salamanca, 19 de septiembre de 2008



DISCURSO DEL RECTOR JOSÉ RAMÓN ALONSO PEÑA

Excmo. Sr. Consejero de Educación de la Junta de Castilla y León, Sres. Rectores Magníficos de las Universidades de Valladolid, Burgos y Miguel de Cervantes, Sr. Vicerrector de la Universidad de León y Sra. Vicerrectora de la Universidad Pontificia de Salamanca, Excmo. Sr. Presidente del Consejo Social, Excmas. e Ilustrísimas Autoridades, Miembros de la Comunidad Universitaria, Señoras y Señores

Hoy comenzamos el curso 2008-2009. Hoy es el día de la inauguración, el *dies natalis* de los romanos, el día del nacimiento, lo que llamamos en una de las metáforas más hermosas de nuestro idioma, el día de dar a luz. Iniciamos un recorrido siempre igual, y también, siempre radicalmente nuevo. Es un camino continuo desde hace casi 800 años, y al mismo tiempo distinto cada comienzo de curso, cada año. Eso somos. Y así somos. Julio Borrego nos ha hecho reír y nos ha hecho soñar. Nos ha hecho aprender y nos ha hecho disfrutar. Gracias, profesor Borrego por el trabajo de tantos años, gracias Julio por la magnífica lección inaugural de hoy. El alma de la Universidad de Salamanca son las Humanidades y la lengua española su corazón. Ambos latieron hoy en el Paraninfo. Y gracias también a todos los que por razones felices, jubilación viene de júbilo, o desgraciadas, hemos perdido demasiada gente maravillosa el último año, ya no están entre nosotros.

Somos la Universidad. Buscamos la felicidad en los libros, en el placer de descubrir, en la alegría de enseñar y aprender. Eso es ser universitario. Es lo más luminoso que hay en esta vida. Yo siento que en el ámbito de las instituciones, en los sectores público y privado, en las empresas más activas y en los grandes proyectos, no hay nada comparable a las universidades, nada que se acerque en su potencial, nada próximo a su capacidad para crear realidades, para iluminar el mundo, para –justamente– dar a luz.

En días como el de hoy, pienso especialmente en los miles de estudiantes que empiezan su carrera en nuestra Universidad. Yo también fui uno de ellos. Tras buscar nervioso en el edificio de la Facultad de Ciencias dónde estaba la Magna II, entré a la carrera cuando el profesor estaba empezando la clase. Con sorpresa oí que hablaba de algo de la Biblia. Pensé aterrorizado “¿en qué clase me habría metido?”, pero un atento colega me informó de que realmente estaba en la asignatura Física, de primero de Biología. En esa primera clase que recibí en esta Universidad de Salamanca, hace ya demasiados años, mi profesor, catedrático de Óptica, don José Barcala, nos habló del Génesis. Nos hizo darnos cuenta de que en este libro, uno de los más poéticos e impactantes que alguien, creyente o no, puede leer, lo primero que Dios crea es la luz.

Déjenme leerlo: "Hágase la luz". Y la luz se hizo. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el primer día.

En un rasgo de humor, la actriz Ellen de Generes decía "En el principio no había nada. Dios dijo, hágase la luz y la luz se hizo. Seguía sin haber nada, pero lo podías ver mucho mejor." Y sin embargo, el sol y los astros, se crean en este libro insondable que se atreve a describir el nacimiento del Universo, del mundo, de la vida, de la Humanidad, mucho después, pasado el ecuador de esa semana, el cuarto día.

Leo también este párrafo. Dios dijo: "Que haya astros en el firmamento del cielo para distinguir el día de la noche; que ellos señalen las fiestas, los días y los años, y que estén como lámparas en el firmamento del cielo para iluminar la tierra". Y así sucedió. Dios hizo los dos grandes astros –el astro mayor para presidir el día y el menor para presidir la noche– y también hizo las estrellas. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el cuarto día. Todavía hoy me asombro pensando en aquel escritor, sin duda convencido de transmitir lo que Dios le decía, que separó la luz, como algo único, como lo más importante, del sol y las estrellas, que eran importantes también pero solo porque daban luz.

Y esta es la reflexión que quisiera hacer en este comienzo de curso. Pensar en la luz por un lado: las ideas, el conocimiento, la enseñanza, el aprendizaje, intangibles pero luminosos y que también separan el día de las tinieblas. E igualmente importante, pero a otro nivel, las herramientas, lo que da luz. En aquel tiempo del Génesis, el sol, la luna y las estrellas. En nuestra civilización tecnológica añadiríamos velas, bombillas, tubos fluorescentes, LEDs y una enorme variedad de artilugios, de herramientas. Son importantes, pero solo porque dan luz.

Yo creo que en la Universidad, y es nuestra obligación hacerlo, dedicamos mucho tiempo a las herramientas: planes de estudio, pruebas de evaluación, comisiones, proyectores, edificios, instrumental, ordenadores, libros incluso y nos olvidamos de la luz. En unos meses inauguraremos la biblioteca de depósito, inauguraremos el gimnasio de la Universidad, empezaremos la Casa del Estudiante, empezamos las obras de Juan de la Enzina, la rehabilitación del edificio histórico, ya vuelve a funcionar el Hernán Cortés, inauguramos el Instituto de Neurociencias y el Edificio Dioscórides, mejoras en muchos edificios de todos los campus, presentaremos los más impactantes proyectos de la historia de la Universidad a la Sociedad Estatal de Exposiciones Internacionales, haremos una profunda reorganización de espacios, pondremos en marcha decenas de nuevos grados, -os lo digo rotundamente, no vamos a salir debilitados en nuestra oferta de títulos, al final serán más y mejores-, desarrollaremos un nuevo mapa de postgrados, adaptaremos nuestros doctorados, mejoraremos nuestra situación financiera, sacaremos adelante nuevos programas de promoción del profesorado y el personal de administración y servicios, nuevos programas de becas, programas de dobles titulaciones, firmaremos nuevos convenios con agentes de primer nivel nacional e internacional, mejoraremos nuestros servicios y nuestra gestión y, sin embargo, todo eso palidece ante lo más importante, ante nuestros docentes, estudiantes y personal de administración y servicios haciendo su trabajo y orgullosos de hacerlo bien. Eso

es lo verdaderamente trascendente. Si en un terrible cataclismo perdiéramos edificios, laboratorios, bibliotecas (estad tranquilos, no va a suceder), si perdiésemos todo, seguiríamos adelante. Estoy convencido de que quedaría una universidad, que la Universidad de Salamanca viviría siempre que hubiera alguien con ganas de aprender y alguien con ganas de enseñar, por el placer de saber. Como en una novela de ciencia ficción, lo podríamos hacer a escondidas, en las ruinas de una ciudad postnuclear, en los bosques, en cuchicheos, sin medios, ... pero lo podríamos hacer. Hubo clases en los campos de concentración nazis, hubo clases en Topaz donde se internó a los japoneses americanos, hubo clases en los campos del Gulag en Siberia. Todos los profesores de la Universidad de Jagellonian en Cracovia fueron encarcelados por las SS. ¿Podéis imaginar lo que es encarcelar a todos los profesores de una universidad? Pues bien, el primero que consiguió salir de la cárcel, ya el primero, fue a la biblioteca a sacar libros a escondidas para organizar clases clandestinas y seguir enseñando.

En los infames campos de concentración con los que Francia recibió a los exiliados españoles en 1939, nuestros compatriotas lucharon para recuperar la salud física y mental. Algunos internados compartían la nada que tenían para ayudar a otros e hicieron escobas con lo único que allí había, con alambre de espino, para limpiar la arena que era su suelo y su lecho. Y allí en Camp Gurs o en Le Vernet, en medio del hambre y la desolación también hubo docentes españoles que se pusieron a enseñar a leer y a escribir a los que no sabían. En las arenas de Moison-la-Riviere, de Argeles-sur-Mer, y de los otros campos de concentración hubo clases de historia, clases de literatura, recitales de poesía y exhibiciones de arte. ¿Qué arte sería aquel? ¿Un lápiz sobre un papel de envolver fardos? En ese lugar donde no había edificios ni barracones, ni casetas ni un cañizo, nada que protegiera del frío y el viento, ni un árbol, ni una mata, apenas una brizna de hierba, floreció, como florecerá siempre, esa idea que llamamos Universidad. Esa es mi luz.

Así que incluso en los momentos más atroces, en la bajada a los infiernos, alguien hablaría a otro de cómo Sempronio intenta, en vano, convencer a Calisto de que no se enamore de Melibea, de un tipo de quark que se llama encanto, “charm” y que probablemente desapareció una fracción de segundo después del Big Bang, hace miles de millones de años, pero lo hemos vuelto a ver en los laboratorios y de que los ingenieros construyeron una máquina, el Pioneer 10 que ya está más allá del sistema solar. ¿Os imagináis? más allá del cinturón de asteroides, camino de Aldebarán, en la constelación de Tauro, donde llegará dentro de 1.690.000 años. Algunos ya no estaremos aquí. Y lleva un disco con nuestra imagen, la de un hombre y una mujer, con cantos de ballenas, con Beethoven y Bach, pero también con Chuck Berry cantando Johnny B. Goode y con imágenes de este Mundo, el único que aún nos acoge. Lleva nuestra luz.

Así que este curso que hoy empezamos, os animo a que busquemos esa luz, a que trabajemos por tener los planes de estudio que el futuro nos demanda, a seguir comprometidos con el dinero público y su buen uso para ir mejorando nuestra situación económica, a seguir ampliando nuestra proyección internacional pero como hasta ahora, basándola en proyectos concretos, nuevas becas, oportunidades reales para el futuro de nuestra Universidad y de todas nuestras universidades amigas, a hacer buena investigación y

generar ideas para el desarrollo y la innovación. Estamos en una etapa de crisis y nos va a afectar. Pero igual que hemos pedido ayuda y presentado proyectos al Gobierno de España, al Gobierno regional, a nuestro presidente Herrera, a los consejeros y consejeras, nos vamos a comprometer a ayudar nosotros ahora, a hacer todo lo que podemos hacer. No vamos a lamentarnos, vamos a poner todo de nosotros para generar riqueza y empleo, vamos a generar I+D+i y transferencia tecnológica, vamos a liderar proyectos internacionales, vamos a administrar cada euro con un rigor que nos haga sentirnos a todos orgullosos, vamos a capear esta crisis y a salir más fuertes y mejores. Y sobre todo quiero comprometeros a todos, a todas, a dar respuesta a ese estudiante cargado de ilusión que llega a la Universidad de Salamanca a alcanzar sus sueños, a aprender. Sabemos que los hay. Muchos de nosotros fuimos uno de ellos.

Ese estudiante es lo más importante que tenemos, es el futuro de esta hermosísima ciudad de Salamanca y de las demás ciudades universitarias, de este país que llamamos España, de la Humanidad. Es nuestra obligación estar a su altura, ayudarle, impulsarle, sacar lo mejor de su interior. ¿Qué trabajo puede haber como éste? ¿Qué puede haber mejor? Quiero que todos sintamos que ser universitario es lo más maravilloso que se puede ser, que no hay un disfrute en la vida como el de enseñar y aprender y como recuerda Juan Antonio González Iglesias en “El aikido”, al terminar el combate de artes marciales, el maestro y el discípulo se dicen, el uno al otro, “gracias por enseñarme”.

Esa es la luz que pido para todos nosotros este año, disfrutar con nuestro trabajo, hacer planes, no conformarnos, luchar por nuestros sueños. Somos la Universidad de Salamanca. Es mucho lo que vamos a hacer. Es mucho lo que podemos mejorar. Quiero sentirnos a todos mis compañeros y compañeras, a todos los estudiantes, con algo que es único del ser humano, que nos hace únicos en este Planeta y por lo que sabemos, únicos en el Universo: amamos explorar, buscar, disfrutar anticipando que vamos a aprender. Somos la Universidad de Salamanca.

Dejadme terminar con unos versos de un poema de Miguel de Unamuno. Él nos encargó que guardáramos su recuerdo y no olvidéis que hay que obedecer a los rectores, al menos a los difuntos. El poema se titula “Veré en ti” y los últimos versos dicen así:

**Apóyate en mis hombros, confíate al Destino,
Veré por ti, mi ciega, te apartaré del lodo,
te llevaré a la cumbre.
Y allí, en la luz envuelta, se te abrirán los ojos,
Verás cómo esta senda tras de nosotros lejos,
se pierde en lontananza
y en ella de esta vida los míseros despojos,**

**y abrísenos radiante del cielo a los reflejos
lo que es hoy esperanza**

Feliz curso.
He dicho.